

El desplazamiento es hoy en día uno de los fenómenos sociales más estudiados en Colombia. Este texto de Martha Bello contiene diferentes miradas acerca de lo que significa actualmente estar desplazado, y plantea algunas de las consecuencias e impactos económicos, sociales y culturales que trae consigo el desplazamiento. La autora nos introduce en el concepto de identidad y en las formas en que el desplazamiento cambia y marca la construcción de identidades de las personas o familias que se ven enfrentadas a dicho evento.

El desplazamiento implica perder el lugar en el que se ha construido toda una historia. Esta pérdida lleva a asumir nuevas actitudes, costumbres y actividades, lo que, a su vez, trae consigo sentimientos de incertidumbre, miedo, dolor, rabia y desarraigo. Estos sentimientos ponen en juego la identidad de la persona, “la salida abrupta y el ingreso a contextos distintos y ajenos, provocan una serie de transformaciones en la identidad de los desplazados puesto que sus rutinas, sus pertenencias, sus señales distintivas y sus relaciones deben modificarse en virtud de su nueva situación, lo que altera significativamente la realidad objetiva y subjetiva del individuo”.¹

Para entender este proceso en el que la identidad se pierde, se transforma y se reconstruye, la autora plantea que es importante analizar las condiciones en las cuales se produjo el desplazamiento. Como primera medida, en el texto se precisa que los desplazamientos más comunes hoy en día son de tipo individual y familiar; las personas que se van, se alejan de sus parientes y amigos más cercanos, generando una

fragmentación y desintegración de dichos núcleos, así como la destrucción de lazos comunitarios, lo cual implica un costo social y cultural, pues se deshacen procesos productivos, normas culturales, modos de vida, entre otros.

Por otro lado, Bello desarrolla el tema de la acomodación al nuevo sitio. La mayoría de personas desplazadas pasan de habitar en ambientes rurales a asentarse en un mundo urbano que no les brinda ninguna seguridad, donde deben vivir en los llamados barrios subnormales, los cuales muchas veces no cuentan con los servicios públicos domiciliarios básicos. Dichos lugares se encuentran en terrenos ilegales, en condiciones de alto riesgo de desastres naturales. Además, son sitios heterogéneos, donde conviven personas con diferentes formas de vida y costumbres.

En relación con lo anterior, Martha Bello afirma que la población desplazada por la violencia, en su mayoría de origen campesino y cultura tradicional, debe amoldarse al tipo de vida de comunidades más modernas, como las que habitan la ciudad, donde los contratos de palabra ya no son válidos, donde el territorio, la tierra, el río, la montaña ya no son lo más importante, pues “se nace, se vive, se trabaja y se muere en lugares diferentes”.² Este es un punto que marca fundamentalmente el choque entre la identidad construida y la identidad propia de los contextos urbanos, pues se debe pasar de una identidad comunitaria a una individualista, en la que la integración y la reciprocidad no son los principios fundamentales, porque, pese a las condiciones de pobreza en las que deben estar los desplazados, no existen redes de apoyo que los ayuden.

¹ BELLO A., Martha. *Desplazamiento forzado y reconstrucción de identidades*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, ICFES, 2001, p. 20.

² *Ibid.*, p. 16.

En dicho contexto, la calidad de vida se va deteriorando, pues los desplazados padecen condiciones de hambre y hacinamiento. Este último genera incluso sentimientos de pérdida de privacidad, inseguridad, incertidumbre, falta de autonomía y dependencia. La carencia de trabajos dignos y estables produce sentimientos similares, en tanto quienes no tienen un trabajo empiezan a sentirse improductivos y quienes lo tienen deben aceptar condiciones laborales extremas, que rayan en la explotación laboral.

La autora analiza las transformaciones e impactos del desplazamiento sobre los contextos significativos del ser humano, es decir, la familia y las redes comunitarias. *La familia* puede sufrir cambios y grados de afectación diferentes de acuerdo con las circunstancias en que haya sucedido el desplazamiento; por ejemplo, puede haber desaparecido uno de sus miembros o pueden haber partido todos sus integrantes, ya sea en el mismo momento o en momentos diferentes. Esto determinará nuevos roles, choques emocionales, nuevos sujetos en la proveeduría, entre otros. De acuerdo con lo anterior, la autora plantea una serie de factores que pueden incidir en la dinámica de las familias:³ los problemas emocionales como el miedo, el temor y la pérdida; los cambios de roles en las parejas, que están determinados por las modificaciones en la proveeduría y que traen como consecuencia cambios en la figura de poder de la familia; los conflictos en las relaciones entre padres e hijos, pues en la ciudad se pierde el control de los primeros sobre los segundos, y son los hijos quienes muchas veces se adaptan más rápido al nuevo contexto.

El desplazamiento puede generar una serie de impactos sobre la familia, entre ellos *su fragmentación*, por asesinatos, secuestros o reclutamientos antes del desplazamiento, o porque los miembros de la familia, en el momento de huir, no salieron al mismo tiempo o no lo hicieron todos. Otro impacto es *la recomposición de las familias*, ya que es posible que los desplazados y sus familias deban ser acogidos en hogares de parientes, en donde deben asumir nuevas formas de comportamien-

to y quizá se sientan “arrimados” o pierdan autoridad, lo cual impone ciertas limitaciones.

Por su parte, *las redes comunitarias* también sufren cambios e impactos considerables en sus dinámicas sociales y culturales. La autora observa que “es en la comunidad (...) donde el individuo aprende y construye formas particulares de relacionarse con el entorno, el tiempo y los otros; es una construcción histórico-social que se expresa en la existencia de costumbres, normas, pautas, proyectos e intereses que definen el sentido de un ‘nos’ afirmador y diferenciador”.⁴

Son diversas las razones que impactan a la comunidad.⁵ Por un lado, están las amenazas en contra de sus creencias, costumbres o posturas políticas, así como las intimidaciones o asesinatos de los líderes de las comunidades, lo cual genera miedos y desprotección entre sus miembros. Por otro, las comunidades también son víctimas de acciones violentas contra los espacios físicos representativos o de encuentro y contra el orden establecido, que por lo general se mantiene bajo los parámetros de la solidaridad, la confianza, la lealtad y la autonomía, y que viene a ser vigilado, amenazado o controlado por actores externos.

En este texto, la autora también manifiesta que las personas desplazadas van perdiendo el relato construido acerca de sí mismas durante tantos años, pues, ante estos cambios, son ahora unos desconocidos para su familia y para sus comunidades. El desplazado construye nuevas biografías, en las que proyecta tanto su pasado (tratando de evitar los señalamientos de que puedan ser objeto) como su presente y su realidad actual. Es en este aspecto donde se encuentran las nuevas versiones que los desplazados crean para hablar de sí mismos a los otros (Ejército, redes de solidaridad, vecinos, parientes, ONG), las cuales muchas veces son distintas y se contradicen, ya que responden a lo que las instituciones o personas esperan de él. Aquí la imagen social también juega un papel fundamental, en la medida en que cada ámbito social ve al desplazado

³ *Ibid.*, p. 23.

⁴ *Ibid.*, p. 26.

⁵ *Ibid.*, p. 26.

de una forma diferente, utilizándolo, estudiándolo, ayudándolo o juzgándolo.

Cuando llega a un nuevo sitio, el desplazado pierde sus referentes sociales, se convierte en el extraño, el nuevo, el de color, el de piel diferente. Los contextos significativos que le daban un valor y le proporcionaban sentimientos de certeza y estabilidad, le son arrebatados o cambiados, produciéndose un cambio en lo que él considera como realidad. El desplazado deberá hacer un gran esfuerzo para modificar el orden concedido a las prácticas y a los objetos en el tiempo y el espacio.

Con respecto a lo anterior, la autora dice: “perdidos los referentes sociales y materiales, deteriorada su identidad social y desestabilizados económica y emocionalmente, los desplazados sufren estados de depresión y ansiedad que comprometen su identidad personal”.⁶

Según Martha Bello, las personas desplazadas, en general, viven los siguientes procesos, aunque no siguen el mismo camino: el periodo donde priman los sentimientos de intenso dolor, temor a lo desconocido, soledad, carencia y desespero; el periodo donde aflora la nostalgia por lo perdido, reforzado por la idealización del pasado y por la confrontación con una realidad hostil y difícil de aceptar y comprender; al no aclararse las expectativas frente al retorno o permanencia, aparece un periodo de transitoriedad que impide la estabilidad, hasta llegar a un último momento de estabilización y recuperación de la capacidad de pensar, desear y hacer proyectos a futuro, lo cual se logra con el transcurso del tiempo y con el apoyo de una red familiar, comunitaria o institucional, dependiendo de la experiencia de vida.

Como alternativa, la autora propone reconstruir identidades a partir de la autonomía que poseen las personas desplazadas, mostrándoles la capacidad de control que tienen sobre sus propias vidas. Para lo anterior se deben considerar varios aspectos. Uno de

ellos es la recuperación crítica del pasado, precisando las pérdidas, conflictos y carencias que trajo el desplazamiento, pues es importante reconocer lo que pasó y no negar las situaciones difíciles. Otro aspecto consiste en reconocer y apropiarse del nuevo entorno, sus dinámicas, espacios, rutas, etc. para superar la situación de extrañeza. Un último aspecto es la construcción de proyectos individuales y colectivos que traigan consigo oportunidades y compromisos; estos deben ir ligados a la subsistencia y al reconocimiento social y personal.

De acuerdo con lo anterior, la construcción de la identidad de las personas en condición de desplazamiento requiere el reconocimiento del derecho de recuperación, es decir, situarse como sujetos de derechos. Este aspecto debe ir ligado a un reconocimiento por parte de la población colombiana acerca de la situación de las víctimas de la violencia. Reparar sería, entonces, garantizar los derechos que están contemplados por ley, lo cual ayuda a vencer el sentido de desprotección y permite la desculpabilización de sí mismo y de los más cercanos. De igual forma se hace necesario medir y constatar pérdidas, verbalizar temores y miedos e identificar a los responsables.

Por otra parte, la autora señala que para superar el desarraigo es necesario que existan “condiciones para un retorno seguro, que exista la posibilidad de reubicarse en zonas cercanas al lugar de origen o reinsertarse adecuadamente en la ciudad”.⁷ Con respecto a esto último, Bello añade que es importante que las personas desplazadas incidan y hagan parte de sus procesos, que construyan un “nos” que les permita tener proyectos de vida, donde esté presente el individuo y las relaciones y los recursos externos que posea.

Para concluir, la autora propone una serie de recomendaciones con respecto al trabajo que se realiza con las personas y familias desplazadas. En primer lugar, es fundamental desplegar mecanismos de presión que permitan prevenir el fenómeno. Para el momento de la intervención, dice la autora, lo más importante

⁶ *Ibid.*, p. 32.

⁷ *Ibid.*, p. 43.

es dejar de lado las políticas asistencialistas que se adelantan hoy en día, pues lo único que logran es sumergir a los desplazados en la pobreza estructural que presenta nuestro país y no ayudarlos a generar procesos que conlleven a una mejor calidad de vida. Así mismo, es urgente sensibilizar a las comunidades que acogen hoy en día a los desplazados, mostrándoles la problemática de manera integral, para evitar estigmatizaciones o exclusión.

La reconstrucción de la identidad, a mi juicio, es un proceso vital para todas aquellas personas que por motivos diversos han tenido que abandonar sus espacios significativos; recuperarse emocionalmente, desde la perspectiva asumida en este texto, implica espacios, empresas y proyectos colectivos, que lleven al reconocimiento personal, lo cual solo se puede lograr por medio del ejercicio colectivo, donde los otros me reconozcan y reafirmen.

Diana Carolina Arias Parra

*Estudiante de VIII semestre
Departamento de Trabajo Social
Universidad Nacional de Colombia*